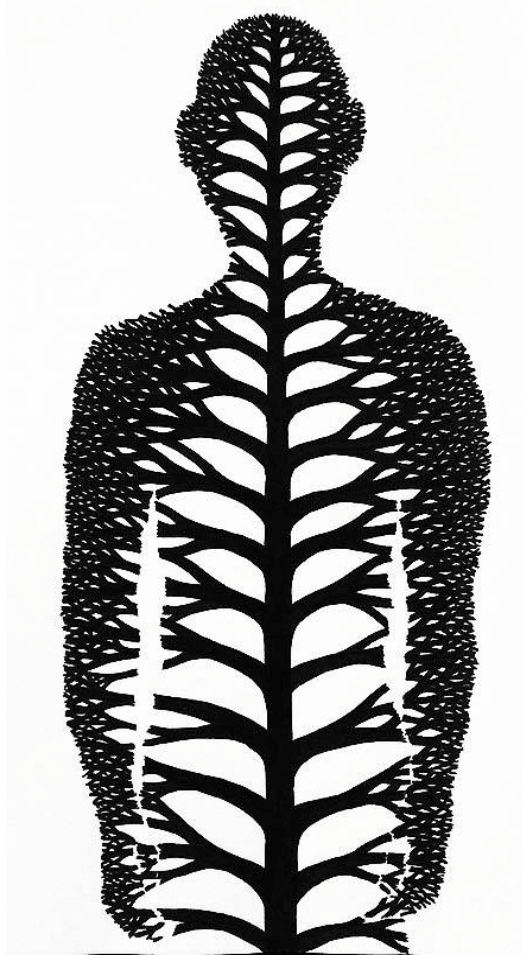




# Pero sueño con árboles



NOVELA

ARMANDO LEÓN

Pero sueño con árboles, Volumen 2 de la Serie La Cuba en que crecí

Primera Edición: AMAZON, Enero de 2016

ISBN: 5992481

Derechos Reservados Armando Andrés León Viera (2016)

Ilustración de portada: De la serie 'De rerum natura', tinta sobre cartulina fabriano, de Jorge Llamas González, de la colección privada de Pepe Cohen

*A los cubanos y cubanas, dondequiera que vivan o yagan.*

*Muy especialmente, a la memoria de mis padres,*

*Armando León Acosta y Juana Viera Mirabal,*

*hombre y mujer de principios.*

*A mis sobrinos, Sergito y Selmita, con mucha esperanza.*

*“Eppur si muove...”*

*Galileo Galilei*

Jandro tuvo el impostergable deseo de contemplar la puesta de sol. Esa necesidad no era nueva: en los momentos en que más solo y nostálgico se había sentido en su vida, el incomparable espectáculo del ocaso le había traído, al menos, el consuelo del goce estético.

Pero ahora era diferente: no estaba nostálgico y mucho menos solo. Además, para vibrar con el crepúsculo no hacía falta pretexto alguno. Simplemente, ir en su busca. ¿Y qué mejor lugar para disfrutarlo un habanero, que el Malecón? Era allí, con el sonido de las olas rompiendo contra los arrecifes, donde más serenamente podía reflexionar.

Por enésima vez recibía una propuesta, libre de condiciones, para irse a residir al extranjero. Y la oferta venía, nuevamente, de alguien que podía sufragar los gastos del viaje y asegurarle, al menos en principio, un asentamiento con todas las comodidades y un empleo digno. Por si fuera poco, sabía que la sugerencia había partido de una bella e inteligente mujer que no ocultaba una extraordinaria simpatía por él.

Alejandro Laza Viera jamás se había caracterizado por ser dubitativo. Reflexivo sí, pero nada en absoluto tenía que ver con Hamlet. Y resultaba hasta cierto punto cómico: tantísimos cubanos vivían añorando una sola posibilidad como aquella, que él se había dado el lujo de rechazar en otras ocasiones.

Pero esta historia había comenzado mucho antes de aquella tarde de diciembre de 1998.

### **La Habana, martes 21 de mayo de 1991, 11:45 p.m.**

Era obvio que “Loma Blanca”, el centro de despedida y recepción de quienes partían hacia o regresaban de misiones internacionalistas, no podía asimilar simultáneamente a todos los miembros de la Agrupación Final de Tropas que estaban llegando en los vuelos procedentes de Angola. Cuando Alejandro llegó al centro, aquello era, simplemente, un caos. Allí debía entregar la documentación, someterse a un nuevo examen sanitario y comprar, en una tiendecita habilitada a tales efectos, los modestos artículos de consumo que alcanzara a pagar con la cuenta simbólica en que los soldados acumulaban diez kwanzas, los oficiales subalternos veinte y los oficiales superiores treinta, por cada día de estancia en Angola. Se trataba de un estímulo material por el honroso cumplimiento de la misión.

En realidad los recién llegados no necesitaban comer, pues en el avión los habían embutido con más de lo que un buen apetito reclamaba. Pero en “Loma Blanca” no podían dormir cientos de hombres a la vez. Fue por ello que se tomó la decisión de enviar hacia sus casas a los habaneros, que debían presentarse a la mañana siguiente para culminar los trámites. Un ómnibus los condujo hasta la “Ciudad Deportiva”, desde donde cada cual seguiría como pudiera hacia su casa.

Jandro y su amigo Miguel Sotero decidieron esperar las rutas 174 ó 110, que los llevarían hacia El Vedado. Se sentían verdaderamente a gusto

contemplando la iluminada y desierta avenida de Rancho Boyeros, cuando escucharon un disparo de fusil. Se lanzaron al suelo y una vez allí se miraron y estallaron en una carcajada. Habían reaccionado instintivamente ante lo que resultó ser el inofensivo escape de un automóvil. Aunque ya estaban a salvo en Cuba, sus reflejos seguían respondiendo con la alerta propia de la guerra.

En unos minutos llegó el ómnibus que esperaban y al subir las miradas extrañadas del chofer y los pocos pasajeros se posaron en los dos hombres con uniformes de camuflaje y medallas en el pecho.

- Chófer – explicó Jandro - acabamos de llegar de Angola y no tenemos menudo para el pasaje.

- No importa, mi socio, monten – dijo el hombre con una sonrisa y añadió – ¡Coño, qué bueno que se acabó aquello!

Miguel y Alejandro se acomodaron con sus bultos en sendos asientos y, sin pronunciar una palabra, comenzaron a disfrutar el paisaje nocturno de su ciudad. En la parada de 25 y G se bajó Miguel, mientras Jandro continuó hasta la intersección de 5ta y Paseo. Pasaba de las 2:00 a.m. y pensó que si se aparecía en su casa y llamaba a la puerta, la emoción podría perjudicar a sus padres, por lo que prefirió entrar al club nocturno Los Violines y pedir que lo dejaran llamar por teléfono. Cuando entró al lugar, todos los presentes lo miraron como a una aparición.

- Buenas noches. Mi hermano – dijo, dirigiéndose al cajero - acabo



de llegar de Angola y necesito que me prestes el teléfono para llamar a los viejos. ¿Puedes hacerme ese favor?

- Sí, claro, compadre. ¡Pedro! – le gritó al cantinero – ¡Prepárale un trago al socio, que acaba de llegar del Africón!

- No, chico, no se molesten – Jandro se sintió apenado - con prestarme el teléfono ya me hacen tremendo favor.

- Tú tranquilo, mi socio, que esto va por la casa. ¿Qué prefieres?

- Bueno, si insistes, prepárame una limonada.

- ¿Una limonada? ¿Sin ron?

- Sí, sin ron... gracias, pero yo no bebo alcohol.

- Bueno, tú te lo pierdes, pero Alberto y yo nos vamos a tomar una buena línea de ron, a tu salud.

Jandro discó el número de su casa, esperó y como al séptimo timbrado reconoció, aunque soñolienta, la inconfundible voz de su madre.

- Vieja, soy yo.

- ¡Jandro, mi hijo! – gritó, emocionada - ¿Dónde estás? ¿Ya llegaste a Luanda?

- No, mami... ya llegué a La Habana. Te estoy llamando desde Los Violines, a dos cuadradas de casa. En unos minutos estoy allá.

- ¡Oigan eso! ¡El niño ya viene para acá! ¡Está en Los Violines! – oyó cómo Juanita les explicaba al viejo y a alguien más, que supuso fuera Virgen, su hermana de crianza. La pobre mujer, en su nerviosismo, colgó

el auricular.

- Aquí tienes tu limonada – dijo el cantinero, entregándosela y junto al cajero chocó copas con Alejandro - a tu salud, compadre y bienvenido a Cubita la Bella.

- ¡Gracias, hermanos! ¡A la salud de ustedes! – respondió y de inmediato se empinó su limonada – y ahora los dejo, que los viejos me están esperando. ¡Un millón de gracias por todo!

- ¡No hay de qué, cubano! ¡Vaya bien! – lo despidió Alberto, el cajero. Al salir Jandro los dos hombres se miraron y Alberto comentó a Pedro:

- Me alegro mucho por él, pero ¿sabes de verdad por qué quiero brindar?

- No.

- Porque, donde quiera que estén, tengan paz las almas de los que no pudieron regresar.

Pedro sirvió otra línea de ron en los dos vasos y chocándolos, exclamó:

- ¡Por ellos!

Esta vez el brindis fue sin sonrisas.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

